



KARL LÖWITH

Paul Valéry. Rasgos centrales de su pensamiento

Traducción de Griselda Marisco, Katz, Madrid, 2009, 300 pp. ISBN 978-84-96859-57-9 (Paul Valéry. Grundzüge seines philosophischen Denkens, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1971)

Paul Valéry llegó a escribir que haría falta un autor alemán que expusiera su pensamiento. Karl Löwith, que cita esa anotación de Valéry, sería quien se hiciera cargo, al final de su vida, de delinear el pensamiento del escritor francés según sus “rasgos centrales”. Llama la atención sin duda que esta monografía de Valéry fuera una obra del final de la trayectoria de Löwith, quien se había dedicado especialmente a reescribir la historia de la filosofía continental y, sobre todo, la quiebra del racionalismo en el siglo XIX. Con esa perspectiva, puede entenderse que la obra sobre Valéry resulte singular entre los títulos del filósofo alemán. Pero la singularidad es explicable a la vista del tipo de escritura o reescritura que habría guiado el esfuerzo filosófico de Löwith, orientado a exponer la historia del pensamiento sin abandonar el segundo plano desde el cual presentar las figuras de los pensadores y sus ideas con la debida prominencia. Desde ese segundo plano de narrador filosófico, Löwith habría cultivado un estilo de orden o “sobriedad” característicos. El trabajo de la reescritura de Löwith ha contribuido además a que los lectores de las obras de filosofía historiadas por él puedan tener la indispensable visión panorámica con que apreciar la evolución de las ideas en el tiempo histórico. Löwith, sin embargo, como consumado

historiador de la filosofía, habría elegido a Valéry para poner en práctica otra faceta de su reescritura, con la que se acercaría ahora a la posición principal o primer plano que había cedido a otros autores en obras anteriores. No hemos de pasar por alto la elección de un solo nombre como objeto de estudio por parte de un historiador de la filosofía. Casi estrictamente contemporáneos, ya que el alemán fue unos veinte años más joven que el francés, Löwith y Valéry, y orientados ambos en principio al terreno científico, habrían tenido en común cierto afán por perseguir el fruto del pensar de modo incondicional. A este género de pensamiento o filosofía había de corresponderle un desencanto al filo de la desesperación, al que ambos autores habrían hecho frente con un estilo de contención y claridad. Resulta difícil, a la vista de sus respectivas carreras, no asumir que la alegación final de Löwith sobre el valor de la naturaleza en un mundo dominado por la fatalidad del progreso podría surgir de la misma base que la refundación mediterránea de la vocación europea que emprendió Valéry en sus últimos escritos. Es posible leer las páginas de Löwith sobre Valéry con la convicción de que las largas citas del segundo que van extendiéndose progresivamente en la obra del primero son plenamente suscritas por él. En su caso, parecen compartir además la fe en que la desaparición de la civilización en Europa, certificada por dos guerras mundiales, no ha implicado la extinción de la potencia intelectual que se hallaba en su origen. (El Mediterráneo, decía Valéry, era el estado de nacimiento de la filosofía.) Incluso podría afirmarse que la misma ceguera ante la necesidad de enmendar política o democráticamente una realidad nefasta desde el punto de vista histórico habría impedido que tanto Löwith como Valéry apartaran su mirada del mundo griego y su herencia cultural. Afinados en el diagnóstico, los pensadores de la vieja escuela cartesiana no habrían dado su voto de confianza a otra inclinación que la correspondiente a la crítica de lo que ha consentido o conculcado la esfera neta de las posibilidades humanas. En ese ámbito de la especulación que parece bastarse a sí misma se hallaría el tesón que permite unir sus nombres al frente de esta obra.

Javier Alcoriza